

Fernando Sánchez Pintado

*Planes para el pasado*

P A S O S   P E R D I D O S

Diseño de cubierta: Editorial Pasos Perdidos S.L.  
Imagen de cubierta: Mike Worrall. *The trouble with time*, 2008-2009.  
Maquetación: Daniel F. Patricio

© de esta edición, Editorial Pasos Perdidos S.L., 2018  
© del texto, Fernando Sánchez Pintado

ISBN: 978-84-946593-5-5

Depósito legal: M-7497-2018

Impreso por Estugraf Impresores

Cualquier formato de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede hacerse con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Una vez más mintiendo  
con la mayor sinceridad del mundo.  
Una vez más haciendo  
planes para el pasado.

MIGUEL D'ORS, *Sol de noviembre.*



Nada mejor para recuperar la cordura que darnos de bruces con la realidad, aunque casi todos, y yo misma, digamos que nada es más doloroso. O lo diría si tuviera a quién decírselo. Pero yo nunca tuve a nadie. Es un golpe súbito, brutal, algo amenazador y desconocido que nos inmoviliza; y ocurre en un instante, porque es un instante, y no hay forma de evitarlo. Tal vez nos llega el reflujo de lo que, cuidadosamente, habíamos olvidado. No me atrevo a afirmar que sea así, que ya ha ocurrido, al menos en sueños, pero sí que, en más de una ocasión, eso me asaltaba, aparecía, me dominaba en mitad de la noche; era la forma más habitual de despertarme, de sentir el peso de la oscuridad, su silencio a punto de decirme algo, y era más que miedo, un agujero sin remisión. Me levantaba para ir a la habitación de mi hijo tanteando el pasillo, tocando las paredes, andando de puntillas. En la oscuridad le veía dormir el sueño sosegado de los niños, a resguardo, como deben dormir los niños. Permanecía apoyada en el quicio, sin entrar, sin poder volver sobre mis pasos y cerrar los ojos, cerrarlos sola, sin esa sombra. Allí seguía, un puro estar quieta y vacía,

sin saber si lo que me había despertado y obligado a andar a tientas hasta su cuarto era un sueño o uno de esos ruidos continuos y tal vez insignificantes de la noche, o era yo misma, incapaz de contener el miedo que me atenazaba.

¿Por qué este empeño en poner nombre a lo que no se puede nombrar? Al nombrarlo, creemos saber lo que es, y con eso nos defendemos. El miedo, me decía entonces, y pensaba en lo oscuro y extraño que me amenazaba sin poder verlo; pero era lo contrario, algo terso y plano como el reflejo del agua a mis pies en pleno día. O era aún peor y venía de dentro. Una palabra con la que creía, y a veces todavía creo, que podía explicarme lo que ocurría, el modo de ocultar que era otra cosa que siempre estuvo ahí y no esperó a que naciera mi hijo, de la misma manera que yo continué recorriendo el pasillo como una sonámbula, en mitad de la noche, mucho después de que ya no hubiera nadie en aquella habitación a quien vigilar ni por quien temer. Tantos miedos o uno solo. A veces me desesperaba viéndole dormir con la inmovilidad de un recién nacido, y no siempre me podía contener y no despertarlo al inclinarme sobre él para comprobar que estaba vivo. ¿Fue realmente así? ¿De verdad temía por él? Verlo me hacía feliz, eso me repetía, y así apartaba un presentimiento para el que tampoco hay palabras. No podía saber, cuando ya no tenía sentido vigilar su sueño, y le veía lejos, alejándose aún más, por qué sentía la necesidad de comprobar que seguía estando allí. ¿Era por sus ojos, muy fijos desde pequeño, que habían dejado de mirarme, o era mi

mirada que puso en él todo lo que yo creía olvidado? No, no lo había olvidado, lo había enterrado.

Todas las madres han vivido momentos semejantes, incluso peores; no son alarmantes, sino más bien consustanciales con la obligación que a las mujeres nos impone la propagación de la especie. O eso me han dicho. Sí, me lo han dicho tantos y tantas veces que ya no recuerdo ni cuándo ni quiénes. No sé si podría decir que eso era lo que deseaba, lo que había deseado incluso antes de empezar a desearlo, pero sí que, durante años, se fue construyendo dentro de mí, pieza a pieza; un futuro inalterable que me ocupaba de la mañana a la noche, con la presencia abrumadora de mi marido, en las sobremesas que creía ardorosas al principio y luego se prolongaron tibias y familiares; y, al abrir la puerta de mi casa y encontrarla igual, siempre igual, como si ella también me esperara cada noche, era una especie de principio y fin que hoy recuerdo confusamente, pero entonces era una iluminación en la que no tenía que pensar y que me habitaba por completo. Tal vez no fue así y ocurrió como tantas otras ocasiones en la vida, y fui dando vueltas como una peonza en manos de otros, hasta que me encontré con las de mi marido, en lo que él llamaba mi hogar, movida por mi inercia o por la necesidad de ser reconocida y creer que por fin tendría un lugar mío. Tuve momentos de lucidez, pero rara vez se entra en razón por uno mismo; y, a sabiendas de que era un clavo ardiendo, me agarré a él, y así cambió mi vida y creí que era lo que había deseado siempre. Desde entonces podía hablar y actuar con esa mezcla

de naturalidad y rigidez en la que me habían educado, donde las cosas transcurrían con regularidad, imperturbables. Fue mucho después cuando desperté, cuando me di de bruces con la realidad, con eso que llamamos realidad, un golpe en plena cara, o podría decir en el corazón, o en lo que antes se llamaba alma, en el corazón del alma. Aunque no sé cómo se me ocurre hablar del alma, y menos que el alma tenga un corazón; sería de una curiosa anatomía.

Casi nunca pienso en estas cosas, las mantengo lejos, sé que siguen ahí y me llega una especie de aleteo que remueve el aire alrededor, noto el roce de sus alas a distancia, su negra presencia, pero no dejo que aparezcan. Son nocturnas; me atenazan y arrancan del sueño, me llevan fuera de mí. Hay veces que me pueden durante el día, como si, estando ya despierta, no encontraran el camino de vuelta; se ciernen sobre mí y el círculo perfecto en que transcurre mi vida se desplaza de golpe, pierde su centro, y me lanzan en otra dirección. Eso me ocurrió cuando, por primera vez, me atreví a dar este paso y encontrarme con desconocidos, emprender un camino que no sé a dónde lleva, solo lo sabré al final; entonces veré lo que he hecho. Así me siento las mañanas cuando me dirijo a la terraza donde me esperan y espero a mis desconocidos, porque llamarlos amantes sería exagerado y pretencioso, no son más que puntos en la línea que yo voy trazando e ignoro qué significa, si es que tiene que significar algo.

Ahora, en la claridad fría y cortante del amanecer tardío de esta época del año que me atraviesa y de

repente despierta algo en mí, en cada poro, y hace temblar una lámina fina, insegura, de lágrimas, como si estuviera a punto de llorar, y no es muy distinto a lo que ocurre cuando los ojos de un anciano parece que nos miran sin vernos, ahora, sin más razón, vuelve. No es un recuerdo, no es lo que cualquiera considera un recuerdo, de nuevo es un golpe seco. Ahora, cuando voy a pasos cada vez más lentos, entre indecisos y zigzagueantes, como si me ocupara en ver escaparates, para dejar pasar las primeras horas de la mañana y evitar llegar antes que mi desconocido a la cita y encontrarme vacía la mesa, la terraza, y tener que ser la que espera; para retrasarme y protegerme con el ritual femenino que exige que alguien nos espere y haga los gestos que demuestren que existimos. Repetidos, perfectamente previsibles y, en general, vacíos, poco importa, no necesito más que una presencia. Así me contengo. Me basta con no estar sola y no tener que ver uno detrás de otro los autobuses que pasan a horas precisas, a las mujeres apresuradas por sus hijos, por sus quehaceres, por no se sabe qué y por todo, a los hombres que hacen el mismo trayecto con paso aparentemente firme, solos, rara vez con un periódico bajo el brazo, algunos se detienen en el bar que hay justo a la derecha donde yo seguiré esperando.

En esta época no hay nadie en la terraza, el camarero sonrío, es una hora tan inhabitual que desde la segunda vez que vine ya no duda, y con un simple gesto confirma lo que no necesito decirle, enciende el calefactor y me acerca una manta, y yo espero. Si consigo sosegar mi ansia, mi imperdonable deseo de

que las cosas ocurran como he previsto no sé si en mis sueños o ya despierta, podría disfrutar de la espera. Saber esperar y verle doblar la esquina, andar rápido, componiendo un gesto de perdón por lo que para él es un retraso inevitable, incluso a estas horas. Para entonces no será necesario el rito matinal de un café, y sin apenas tocarme me ayudará a levantarme, y esta vez no tendré que desandar el camino que acabo de hacer y no llegar antes de lo habitual a mi despacho que a estas horas estará a oscuras y vacío.

Luego viene la espera, los autobuses que regresan al principio de la línea sin apenas viajeros, otras mujeres también jóvenes con movimientos más acompasados y seguros, las últimas furgonetas de reparto que permiten entrar en la plaza, hombres que van a algún sitio y pasan cerca de mí sin desviar la mirada, una agitación creciente que se repite día tras día de la que, aunque inmóvil, formo parte, un personaje fuera de lugar. Si en estos momentos alguien está mirando desde un balcón en el otro extremo de la plaza, puede que se pregunte qué hace allí una mujer sola, arrebujada con una manta a primeras horas de un día de otoño. El camarero cree que hago un gesto y llega el segundo café; esta vez sonrío francamente, como para darme ánimos. No los necesito, vendrá. Hasta ahora ha sido así. Me defraudaría que no lo hiciera, es cierto, pero duraría poco, el tiempo de una disculpa suya o mi esfuerzo de apartarlo y hacer que no exista este café, esta plaza, esta espera. Un pensamiento que rechazo antes de sentir el primer movimiento de angustia y de reconocer mi fracaso. Estos

encuentros solo parecen reales cuando he llegado a la plaza, cuando espero o me esperan; hasta entonces es un mecanismo ajeno a mí, aunque yo lo haya puesto en marcha, y conozco, y a veces deseo, lo que será hablar, sonreír y andar sin vacilaciones al lado de un desconocido. No es más que una ficción en la que puedo disponer de alguien el tiempo exacto antes de que comience el verdadero día, y creer que así se equilibran las cuentas que me deben, no todas, eso es imposible. Es lo único que tiene de real. Cuando se conoce el espesor y el vacío de las cosas, el resto vale bien poco y, sin embargo, hago como si me interesara. Eso me ayuda a seguir, porque he recuperado la cordura, gracias o a pesar o bajo el peso del dolor. Me retorcí de dolor, me embriagué de dolor. Dicho así puede parecer que, como todo lo abyecto, tenía un componente de placer. No, no lo creo. No hay palabras para nombrarlo. ¿Un castigo? Tal vez, aunque sea inmerecido, porque hay buenas acciones que nos hacen culpables, al igual que debemos pagar por lo que, sin quererlo o sin saberlo, hemos hecho. O puede que ni nosotros, sino los padres de nuestros padres, alguien. Todo viene de lejos y nos cae encima. Pero el castigo debe acabar alguna vez, al menos el que conocemos, y el mío no tiene fin. Fue lo más parecido a un cataclismo que acabó con la vida en la tierra, con una parte de la vida en una parte de la tierra, en la mía, y no como de joven leía en los libros, entonces los héroes se sobreponían a la desgracia y después eran más nobles, y me hacían sentir que todo empezaba de nuevo. Para ellos y para mí.

Mientras pago la cuenta con la lentitud necesaria para no parecer apresurada, el camarero se dirige a mí con una familiaridad que no tiene con sus clientes masculinos, más respetuoso; supongo que con ellos es más fácil, pero me mira como si compartiéramos un secreto. Es una proximidad agradable, mejor que el deseo. Se ha hecho una idea precisa de por qué espera una mujer sola a esas horas o un hombre otros días la espera a ella. Es un joven de origen magrebí, de rasgos marcados, demasiado prominentes, lo que más repugnaría a mi marido, y puede que también a cualquiera de mis amantes, aunque esto nunca lo sabré. Recoge la mesa y se aleja con la bandeja en alto como si se sostuviera sola en el aire. Podría preguntarle su nombre, pero no lo haré, es mejor el silencio y sentir su mirada cuando me marche. Mientras, sigo viendo sus labios carnosos, solo eso, como si tuvieran vida propia.

Entonces llega. Le veo aparecer entre pesaroso y radiante. En cualquier momento puede ser una costumbre. Empieza así. Todavía le agradezco su presencia. Pero ya siento que me revuelve el desprecio, un gusano lento que se engarfia dentro de mí. Tendré que soportarlo, hasta que llegue el momento de alejarme, limpiamente, como quien se levanta y dice espera un minuto y nunca vuelve. Hoy, después de un despertar tan hiriente y desolado, no me lo puedo permitir. Es raro que sea tan difícil acabar con algo, o con alguien, cuando es lo único que en realidad ocurre. Aún no, a pesar de que cada vez le veo más débilmente, como si se estuviera difuminando. Solo se mantiene gracias a

mi voluntad. Tal vez porque tampoco él puede ocultar su esfuerzo por hacer que sea siempre la primera vez, cuando no le queda más que el recuerdo de lo que para él, como dijo sin mirarme, era un milagro, y ahora tiene que repetírselo para que siga existiendo, y no es más que un penoso recuelo del placer. A la tercera va la vencida, decíamos de niños, no debo prolongarlo más, antes de que me pueda el hastío o a él el miedo. Puedo adivinar su inquietud mientras se mira en el espejo las mañanas de nuestra cita y se pregunta cómo es posible que vaya a ir un día más y alterar su vida, ponerla en peligro, aunque sea unas horas. Luego se siente halagado y aún joven, y eso me asquea. Dejo de pensarlo, me levanto y voy a su encuentro con la mirada del camarero clavada en mí.